

Los libros

Muerto definitivamente el partido radical, don Manuel continúa su predica de ideas en un campo más avanzado. Su fervor tiene a buscar al humilde provinciano, al indio.

En 1912, González Prada sucede a don Ricardo Palma en la Dirección de la Biblioteca Nacional. Esta época es acaso la más dolorosa del maestro, pero la más enaltecedora, la más edificante. Su ancianidad venerable, su hogar, sus actitudes—todo él y lo que lo rodea—adquieren magnificencia. El hijo entra en la vida con paso triunfal; la compañera, la que «supo hacerlo feliz», vela su reposo meditativo.

Con las flores de su jardín, crecen nuevos discípulos. Hay recolección de frutos, abundosa, constante. Con él están Valdelomar, Eguren, Bustamante, Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, y los obreros y la juventud más valiosa. El 22 de Julio de 1918 don Manuel González Prada, piedra angular del pensamiento libre peruano, se dió al descanso conquistado a lo largo de una vida útil y ejemplar...

El 22 de Julio de 1930, la pluma generosa de Luis Alberto Sánchez rinde al maestro el homenaje de esta biografía. González Prada fué en la acción un ideólogo que supo coordinar valiosos elementos de reacción en el atormentado organismo social de su patria, y en la vida, en el arte, en el hogar, un espíritu muy puro, un gran corazón. El libro de Sánchez, exégesis sobria, emocionada y certera de esa preciosa existencia que dignificó al Perú, es un documento de valor

americano, porque en él hay una palpación de una realidad que buscamos esperanzados.—*Alberto Romero.*

VIDA, PENSAMIENTO Y AVENTURA DE MIGUEL DE UNAMUNO, por César González Ruano.

Los hombres ejemplares de España han tenido su peor aventura en la biografía de sus hechos hazañosos y de sus bizarras actuaciones. Algunos, por deficiencia del instrumento biográfico; otros, por la precaria documentación del intérprete; y los más a causa de la tradicional lentitud española. En este año, sin embargo, hemos leído tres obras de aliento realizadas en la Península: la vida de Costa por M. Ciges Aparicio, el estudio de Quintiliano Saldaña sobre Ganivet y el movido libro que motiva estas líneas (1).

Son tres seres cuyas existencias forman relieves de un retablo ibérico de profundo carácter. Costa fué el hombre malogrado; el intrépido soldado de causas perdidas, el capitán señero de los grandes ideales de la Península; Ganivet el poderoso participante de una obra preparatoria de la redención política de España; y Unamuno el hombre «agónico», el fiero y múltiple luchador de la presente hora.

César González Ruano no ha intentado aquí una interpretación definitiva y sólida del pensamiento unamunescos. No se aproxima si-

(1) Edit. M. Aguilar, Madrid, 1930.

quiera a los excelentes ensayos de M. Romera Navarro, Salaverría y Curtius, el excelente crítico de André Gide. González Ruano es un periodista y partipa de ese repentismo español, tan rico en matices y atisbos para fijar la parte anecdótica de un carácter. El mismo confiesa que su libro fué proyectado para una semana de trabajo una vez conseguida la respuesta favorable a la proposición del editor Aguilar.

González Ruano escribe con precipitación pintoresca. No es un gran estilista y tampoco sabe sacar partido de los ambientes para fijarlos con pinceladas gráficas e imágenes ardientes. En cambio recoge detalles pequeños, anécdotas divertidas, datos característicos y frases oportunas. Abundan allí las noticias sobre el destierro de Unamuno, acerca de su estada y fuga en Fuerteventura y sobre los largos días de exilio en París y Hendaya. Amplían la obra breves apéndices de índole crítica sobre Unamuno y el teatro, la poesía, la novela, el ensayo, etc.

Completan el libro útiles indicaciones bibliográficas y una selección de juicios sobre Unamuno. Vemos ahí las opiniones de Keyserling, Jean Cassou y Papini.

En las primeras páginas, González Ruano cuenta su entrevista con el autor de *Niebla* en el calmado ambiente de Salamanca. Unamuno precisa cinco ideas sobre la biografía. A saber: Primera: No hay nada más difícil que poner un hombre en pie. Segunda: No es cuestión de técnica. Hay que llevar el

sentimiento de la biografía dentro. Más aun, sacar el personaje de uno mismo. Tercero: A mí me parece igual que el biografiado sea así o no lo sea. Hay muchas versiones históricas de un hecho. ¿Cómo fué la verdad? Eso es lo que menos importa. *La verdad es siempre del que mejor la haya creado.* Cuarta: La leyenda debe imponérsele al biografiado, hasta el extremo de que él mismo ya no sepa cual fué su realidad. Y quinta: Se hace biografía hablando de la proyección intelectual de un hombre, situándolo, viendo su época, su obra, sus contemporáneos, mejor que manejando fechas exactas, que no creo puedan interesar demasiado a nadie, ni el nombre de su abuelo que, desde luego, no nos importa.

González Ruano respeta algunas de estas normas, pero pasa por encima de las otras. Falta color a muchas escenas y no exhibe el paralelismo debido entre su biografiado y los contemporáneos más importantes. Salvo un esbozo de Ganivet, no vemos que aparezcan otras figuras que reciban influencia de Unamuno o que se la den.

Unamuno ha sido hombre poco pasional. Su vida amorosa no tiene más problema que el de su mujer propia. No se le conocen amores como a Costa. La pasión central de Unamuno es una lucha deportiva por ciertos ideales éticos y políticos. Hace política sin quererlo, por deporte, en el sentido británico de la palabra. Se acerca, en este aspecto, a los escritores nórdicos. También hace teología, pero influenciándola de su laicismo poderoso.

Los libros

En el año 1914, los amigos de Unamuno le ofrecen una candidatura senatorial. Se presenta un problema gravísimo. ¿A qué partido o agrupación política pertenece don Miguel? Niégase éste a reconocer bandera y, sobre todo, a meterse en las tiendas liberales de Romanones, el gran cacique del antiguo régimen. Resultado de dichas actividades fué la destitución de Unamuno por Bergamín del cargo de Rector de Salamanca. Maura decía que Unamuno era «un potro metido en una cacharrería». Este fracaso político, lejos de amilanarlo, hace crecer su figura. Con el tiempo, cuando los enemigos lo tachan de ambicioso, puede contestar (véanse *Dos artículos y dos discursos*, Madrid, 1930): «¿Qué puedo ambicionar. Si yo gobierno?...» Exactísimo. Unamuno, para dar rumbos, ser oído y respetado en la Península no necesita el marbete del senador, ni las actas del parlamentario. Su voz pura y desnuda de prejuicio se oye en todos los confines ibéricos. América lo acata como a un elevado maestro y Francia le rinde homenaje inmenso al llegar y salir de su territorio.

En el fondo de Unamuno duerme un niño. Su corazón, su cerebro, su alma son infantiles. Quizá porque no tuvo juventud como otros niños, ha sido siempre un temperamento infantil. Y todo hombre que no se encharca en la vida tiene su fuerza en esa propia infantilidad transcendental. Recordamos que Papini decía en el *Uomo finito* que no conoció la ju-

ventud como otros niños. Lo mismo podría decirse de Chesterton y de Unamuno. Cuando adolescente conoce a Concha, la que iba a ser la mujer de su vida, y entonces cerró los ojos y los oídos a las sugerencias carnales del mundo. En esta monogamia vasca, de raíz cristianísima, tiene Unamuno una gran fuerza espiritual. En las vacaciones, vaga por España, completa su visión ibérica recorriendo el Mediterráneo, la costa de Levante, Mallorca y Portugal. Requérdese, en ese respecto, la admirable descripción que hizo Gabriel Miró de su visita con Unamuno al Monasterio de Poblet en Cataluña. González Ruano la reproduce en uno de los capítulos. Primo de Rivera, mientras tanto, levanta la cabeza y da su golpe de estado que sorprende a España con el estruendo de renovados espadones. Casi todos los políticos antiguos huyen; otros se entregan, mansuetos y contritos, al régimen imperante. Se echa a la calle la burocracia reclutada por los caciques y sus acólitos; pero levanta cabeza otra más numerosa y voraz. Martínez Anido instala en Barcelona un laboratorio de experimentaciones sociales que cuesta docenas de vidas y echa un baldón ignominioso sobre el decoro español.

Unamuno es el hombre civil por excelencia. Levanta, desde el primer instante, una posición «agónica», esto es, de lucha y denodada oposición a la dictadura de los seis años. (1923-1929.)

Primo de Rivera había dicho de

Unamuno: «¿Creerá ese buen hombre que por saber mucho griego va a poder influir en la opinión?»

Pudo más, con el tiempo, el hosco catedrático que todo el esfuerzo santiagueño de los espadones. Estos luchaban por el pasado y Unamuno era la voz del porvenir. Derrumbóse con Primo de Rivera una reacción de parte del ejército, parte del clero y de una novísima burocracia. La Unión Patriótica sólo tenía raíces efímeras por obra de reclutamientos salarizados y de dispendios absurdos del Ministerio de la Gobernación. Quien esto escribe vió en España, durante los días de la Dictadura, la más burda mascarada hecha bajo auspicios de la U. P. Unamuno, con Soriano, Eduardo Ortega Gasset, Blasco Ibáñez y otros escritores, se constituyó en una permanente oposición intelectual al régimen. Con el tiempo hubo divisiones. El carácter de Unamuno no soportaba a Soriano. Cuenta González Ruano que Unamuno decía:

Es insoportable. Para darme la impresión de intelectual, compró varios tomos de clásicos latinos y griegos traducidos al castellano y editados por la Casa Hernando. A mí me daba la sensación de que eso le aburría mucho...

El recio carácter de Unamuno resistió los seis años y pudo volver a España sin abdicar uno sólo de sus principios. Mucho debe la civilidad a su vasta labor, a su coraje apasionado, a sus genialidades de niño grande, que los burgueses tildaban de «poses» o estridencias.

En el libro de González Ruano

hay riquísimos datos sobre este tiempo que es el más hazañoso de la aventura unamunesca. Se ve su carácter acerado, su firmeza de convicciones, su simpatía humana al desnudo. Francia lo acogía con honores y simpatía; pero él adoraba su tierra vasca, su rincón salmantino. Dice de París:

Hay aquí demasiada historia. Ni un palmo de terreno sin un acontecimiento histórico.

Una vez en España, su nombre se yergue como una roja bandera de combate. Palos, sablazos y mueras hierven en torno de su cabeza. Unos monarquistas furibundos irrumpen en el Cine Europa mientras entrega al pueblo madrileño su verbo de fuego.

González Ruano ha recogido todos estos sucesos en un relato ágil, movido, pero que revela lo improvisado. Quizá en ello estribe su calidad y su defecto. Convenía fijar ciertos instantes de Unamuno antes que el vendaval de nuevos hechos borrara la memoria de tanta anécdota y actuación intensas. Otro escritor más acendrado cogerá después tal acervo y le infundirá vida más perdurable. En tanto, esta *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno* constituye un precioso panorama de hechos con rica calidad humana. Es una vida la de don Miguel que evoca a todo un hombre, como aquel recio protagonista de un drama suyo.

En tal espejo de bruñida civilidad deben mirarse los escritores ibéricos de nuestra hora tan vacilante y llena de caídas morales.

Unamuno, con el recio ejemplo de su vida y obra, es un grito perenne de protesta contra los innúmeros Maeztus del instante.

Encomiable labor, pues, la de todos los escritores que fijan en estas biografías aquellas siluetas de bronce en que vive la pureza intelectual de la Península: un Unamuno, un Valle Inclán, un Ossorio y Gallardo, un Marañón o un Reparaz.—*Ricardo A. Latcham.*

SAN AGUSTÍN, por *Luis Bertrand.*

Las fiestas con que en el mundo entero se ha conmemorado el XV aniversario del fallecimiento de San Agustín han puesto nuevamente de actualidad el libro que hace algunos años dedicó al santo africano Luis Bertrand, para quien los personajes religiosos han tenido siempre una seducción especial.

La figura de San Agustín cobra, día a día, un interés mayor, y cualesquiera que sean las creencias, toda persona que se interese por los problemas de la cultura ha de sentirse especialmente atraída por quien en la antigüedad romana, que moría, entamente, fué uno de los individuos más cultos, un defensor entusiasta de la cultura, y en el seno de la Iglesia a que pertenecía, uno de los pensadores más profundos. Por esto encontramos plenamente justificado el interés de Bertrand por San Agustín, que es una figura de actualidad permanente.

El libro que le ha consagrado es curioso e interesante. Curioso, porque cuesta clasificarlo en un género determinado. No es una biografía

en el rigor de la palabra; tampoco es una biografía novelada, ya que los datos de rigor histórico faltan por completo en el libro, como las fechas en que se desenvuelve; tampoco podría afirmarse que es un estudio sobre la vida y el pensamiento del santo, por cuanto no se ha estudiado el pensamiento agustiniano en su integridad, ni tampoco la influencia que tuvo en la antigüedad cristiana; a lo sumo podríamos decir que es la interpretación actual, que un francés de este siglo da al fenómeno curioso que en la historia del pensamiento antiguo es San Agustín. Y reside el principal interés del libro en la interpretación a que hemos aludido, de carácter principalmente poético, en algunos pasajes, lo que presta al volumen de Bertrand un especial encanto. Pero la fluidez del estilo, la elevación y seriedad con que el tema está tratado, y más que todo, la permanente solidez de la evocación del santo, que son, a nuestro juicio, las cualidades primordiales de la obra de Bertrand, se hallan completamente desvirtuadas en la traducción castellana, por la pésima calidad de ésta. El traductor un señor Lapuya, desconoce por completo el arte de traducir, arte secundario si se quiere, pero arte al fin. Premunido de conocimientos de francés que no parecen ser muy profundos, se ha lanzado a una empresa difícil, y para salir del paso emplea el sistema de traducción literal, con diccionario en mano, que le hace caer en renuncios notorios. Así el primer capítulo *Un municipio africano*, tiene muy poco de Bertrand